



Fernando Pairican  
Doctor en Historia  
Departamento de Historia  
Universidad de Santiago de Chile  
[fernandopairican@gmail.com](mailto:fernandopairican@gmail.com)

# Julio Pinto: el oficio de constituir una Escuela Historiográfica

## Resumen

Ser Historiador no lo da un papel. Tal vez lo da una trayectoria y un conjunto de virtudes que a mi parecer se van desarrollando a lo largo del tiempo; asociadas a lo que los antiguos del pueblo mapuche explicaron como el buen conocimiento y la manera correcta del ser, con el fin de constituirse en el ser humano auténtico. Posiblemente, lo que algunos llamaron sabiduría. Hay personas que jamás llegan a ser sabias, y en ese aspecto, me parece que otorgar este reconocimiento al profesor Julio Pinto, dignifica un premio creado por la misma dictadura militar para premiar a los Historiadores que se encargaron de escribir libros blancos y odas para justificar un Régimen de excepción que intentó arrebatar los sueños de una vida colectiva, el pensamiento crítico y la convicción de que en lo colectivo esta la construcción del conocimiento del futuro.

**Palabras claves:** Julio Pinto, historia, conocimiento.

## Abstract

Being a historian does not give it a role. Perhaps it gives a trajectory and a set of virtues that to me seem to be developing over time; Associated with what the ancients of the Mapuche people explained as the good knowledge and correct way of being, in order to become the authentic human being. Possibly, what some called wisdom. There are people who are never wise, and in that respect, it seems to me that to give this recognition to Professor Julio Pinto, dignifies an award created by the same military dictatorship to reward the Historians who were in charge of writing white books and odes to justify a regime of exception that tried to snatch the dreams of a collective life, the critical thinking and the conviction that in the collective thing is the construction of the knowledge of the future.

**Keywords:** Julio Pinto, History, knowledge.



## Introducción

Una de las premisas que nos dejó Marc Bloch en sus apuntes publicados de manera póstuma sobre el oficio del historiador, fue que esta, como disciplina, no se podía realizar en soledad. “La vida es demasiado breve”, nos recordaba, en momentos que luchaba como parte de la resistencia francesa ante la invasión nazi, y a poco tiempo de ser capturado por estos y ser fusilado. “La historia –señalaba Bloch-, no puede hacerse sino con ayuda mutua” ya que en el aislamiento, aclaraba, “ningún especialista comprenderá nada, sino, a medias, así fuera de su propio campo de estudio” (Bloch, 2013). Agregaría Jaques Le Goff que, “el oficio de historiador se ejerce en una combinación de trabajo individual y de trabajo en equipo” (Le Goff, 2016).

Me parece que estas son algunas de las características que el profesor Julio Pinto ha implementado para el Departamento de Historia. Como él mismo lo ha señalado en las distintas entrevistas, “una apuesta generacional”, que se suscribe a la corriente denominada Nueva Historia Social, abocada a historizar las experiencias en la vida de los suje-

tos populares en Chile. A partir de esta premisa, esta generación terminó redefiniendo la historiografía y, efectivamente, ha dejado “una huella profunda en el ejercicio de la profesión” (Pinto, 2014).

Este sentido de Escuela Historiográfica, lo que sin duda va asociado a la formación de nuevos historiadores, podría parecer a lo menos confuso si asumimos que a partir de 1980, cuando la dictadura inaugura sus transformaciones y esclareció su proyecto refundacional para Chile, decidió posicionar la individualidad y la competencia como los motores del ser humano, implementando una ideología en que la ciudadanía, debía ser la unión entre los esfuerzos que realiza cada individuo para satisfacer sus propios intereses (Garretón, 2012). O en voz del mismo profesor: “la búsqueda del lucro como principio básico de cohesión colectiva y realización personal” (Pinto, 2016).

En ese contexto, la Nueva Historia Social forjó un ejercicio académico que cuestionaba a lo menos uno de los pilares fundamentales del diseño dictatorial. Así, sus integrantes,

porfiados, posicionaron lo comunitario y el sentido de equipo en una senda, que tal vez, recién vino a dar frutos en los albores del siglo XXI.

Bajo el régimen encabezado por Augusto Pinochet, el Departamento de Historia de la Universidad estuvo ad portas de ser cerrado, la tenacidad de sus colegas de generación, permitió la sobrevivencia y la apertura de la misma a partir del retorno a la democracia. El reconocimiento al profesor Julio Pinto, es por ello, a la vez, a un trabajo colectivo como Departamento y a sus colegas que resistieron reducidos a pequeños espacios de debate. Como lo dijo él mismo ya como Premio Nacional de Historia -y con una cuota de emoción- el Departamento de Historia había renacido “de las cenizas”, luego del bombarzo de las tanquetas militares aquel 11 de septiembre de 1973 sobre la Rectoría, aplastando además de la Unidad Popular al proyecto de la Universidad Técnica del Estado (Entrevista en UdeSantiagoTV, 2016).

Si el historiador no puede permanecer sentado y ser un burócrata de la historia, en cierto aspecto el



profesor Julio Pinto cumple con ambos requisitos. En la práctica ha mostrado que para ser Historiador se debe ser un caminante, fiel a su deber de exploración y aventura. No es excepcional encontrarse con él revisando diarios en la Biblioteca Nacional, o escuchando a los futuros historiadores en alguna de las Jornadas de Historia Nacional que se realizan cada dos años. Con esa práctica, nos enseña a los Historiadores en formación que el trabajo, la disciplina y la humildad van asociado en este oficio.

Los historiadores no juzgan, sino comprenden, ha sido otro de los legados en la formación del profesor Julio. Pero a la vez, nos subraya que ser Historiador tiene un componente de ética que se suscribe a la honestidad a la hora de impartir la docencia y la escritura. Esto no se traduce en olvidar las propias convicciones, la pasión o la simpatía hacia su objeto de estudio. Hacerlo, sería una contradicción misma con el componente humanista que portan los Historiadores. Como lo planteó el profesor en otra de sus recientes entrevistas, “es difícil acercarse a cualquier hecho que involucre a las personas de manera fría. Haya ocurrido ayer o hace dos mil años (...) cualquier evento que involucra pasiones, intereses, voluntades, proyectos humanos, necesariamente moviliza las subjetividades, independientemente del momento en que se sitúen” (La entrevista permanente, 2016).

Esta premisa, sin duda es a partir de uno de los referentes del profesor Julio: Eric Hobsbawm, el historiador inglés y una de las piezas claves de la Escuela Británica del cual la Nueva Historia Social tomó como referentes. La pasión por Hobsbawm, lo llevó a impartir un curso de homenaje póstumo en el año 2013, en el programa de Magister de nuestra casa de Estudio, donde se estudió la biografía, obra e importancia para

la disciplina. Parafraseando al historiador inglés, el profesor Julio Pinto nos recuerda que no debemos interpretar mal, un estudio serio no se traduce en efectuar apologías sobre el el proceso histórico y sus sujetos, sino, buscar el arte de equilibrar las convicciones a la hora de ingresar a la biblioteca y de esa manera, esforzarnos en “no interpretar mal” (Hobsbawm, 1998).

He tenido el privilegio de ser estudiantes del profesor Pinto, a partir del año 2003, en distintas etapas de mi aún incompleta formación académica. Si existe algo que uno puede recordar de sus clases en aula, es la capacidad pedagógica de explicar de manera sencilla y amena temas complejos. Parafraseando una vez más a Marc Bloch, “no imagino mejor elogio para un escritor que saber hablar con el mismo tono a los doctos y los alumnos. Pero tal sencillez es el privilegio de unos cuantos elegidos” (Bloch, 2013). En cierto aspecto, el profesor Julio responde a ese canon, y una de sus virtudes sea la capacidad de transformar ese privilegio de “elegidos” a un método de enseñanza accesible para cualquiera. Estoy seguro que mis compañeros -en mis distintas etapas de estudio- estarán de acuerdo conmigo en este aspecto. Lo que a su vez va acompañado de otra particularidad que, Gabriel Salazar destacó en una columna en homenaje a su colega: su “gran sentido del humor” (Salazar, 2016). Esas particularidades, transformaron sus sesiones de enseñanza en verdaderas escuelas pedagógicas, lo que se ratificó en el apoyo transversal de amplias generaciones de estudiantes.

Ser Historiador no lo da un papel. Tal vez lo da una trayectoria y un conjunto de virtudes que a mi parecer se van desarrollando a lo largo del tiempo; asociadas a lo que los antiguos del pueblo mapuche explicaban como el buen conocimiento

y la manera correcta del ser. Posiblemente, la síntesis de lo dicho sea el concepto de sabiduría. Hay personas que jamás llegan a ser sabias, y en ese aspecto, me parece que otorgar este reconocimiento al profesor Julio, dignifica un premio creado por la misma dictadura militar para premiar a los Historiadores que se encargaron de escribir libros blancos y odas, a una visión de historia, que sirviera como instrumento de dominación para un régimen de excepción, con el fin de arrebatar la memoria histórica a la ciudadanía y por lo tanto, la capacidad de ser críticos ante las transformaciones estructurales impulsadas por la dictadura.

No obstante, como el mismo profesor ha señalado, “una de las tantas paradojas de la transición chilena fue que la recuperada libertad para los estudios históricos no recibió el reconocimiento social esperado, sino una actitud que más bien oscilaba entre la indiferencia, el temor y la descalificación” (Pinto, 2016). En ese sentido, la “batalla por la memoria”, como escribió María Angélica Illanes, fue una de las tareas que la Nueva Historia Social comenzó a desplegar en el transcurso de la década de los 90'. Clave de este proceso fue el Manifiesto de Historiadores, firmado por un conjunto de historiadoras e historiadores en 1999, ante la impunidad que se vislumbraba por la detención del dictador en Europa. En esa suerte de principios de nuestra disciplina, se afirmó que “la historia no es solo pasado, sino también, y principalmente, presente y futuro. La historia es proyección. Es la construcción social de la realidad futura” (Grez y Salazar, 1999).

Alguna vez el profesor Julio me preguntó si había leído La formación de la clase obrera en Inglaterra, de Edward Thompson, al señalarle mi negativa me golpeó en plena conciencia: “si no ha leído a Thompson, no puede llamarse Historiador”, me



dijo. Años después comprendí que también era un referente para él y que su primer libro *Trabajos y rebeldías* en la pampa salitrera de 1998, que reunió buena parte de sus primeros trabajos como Historiador Social, tenía su matriz en este historiador inglés. Sin embargo, la enseñanza era otra: el Historiador no deja de estudiar en su oficio.

Situar al profesor Julio Pinto tan solo en un ámbito de la Historia Social, sería injusto para sus trabajos posteriores. Pareciera que efectivamente el “buen historiador se parece al ogro de la leyenda. Ahí donde olfatea carne humana, ahí sabe que está su presa” (Bloch, 2013). En efecto, el profesor Pinto ha demostrado empíricamente que el oficio del Historiador no se suscribe a una sola corriente, sino a la capacidad de rastrear nuevas inquietudes que van emanando a lo largo de la maduración del oficio. En la práctica, “el compendio de un artesano a quien siempre le ha gustado meditar sobre su tarea cotidiana, la libreta de un obrero que por muchos años ha manejado la toesa y el nivel, sin por ello creerse matemático” (Bloch, 2013).

En ese sentido, somos testigos privilegiados del tránsito desde la Historia Social, a la Historia Política y hoy a los estudios comparados en la formación de las naciones en América Latina. En ese proceso de nuevas corrientes de investigación, se ha dado el tiempo de volver sobre uno de sus ídolos políticos: Luis Emilio Recabarren. El precursor del “obrero ilustrado”, que en su seno, desarrolló lo que el profesor denomina “una cosmovisión básicamente ilustrada del mundo y la humanidad”. Pero Recabarren no se suscribe tan solo a ello, sino la capacidad de articular lo político y lo social; la institucionalidad y la ruptura. En cierto sentido, lograr adaptar a la realidad de la lucha obrera

chilena, las ideas universales del bien común como plataforma política. Aquella que se consagraría, “como la apuesta política finalmente encarnada en Salvador Allende y en la ‘vía chilena al socialismo’”. Período histórico, como ha dicho el profesor, en que el bajo pueblo hizo historia como experiencia y que se esforzó, como proyecto, a erradicar las “lógicas de convivencia histórica y social” que hoy, en pleno siglo XXI, volvieron tristemente a perpetuarse: el lucro como principio básico de cohesión colectiva (Pinto, 2005; Pinto, 2013; Pinto 2014; Pinto, 2015).

¿Qué más se podría decir sobre el profesor Julio Pinto? Además de lo que destacó Gabriel Salazar en su columna, que estamos ante una persona laboriosa, formador de jóvenes investigadores y, sobre todo, “su sentido de compañerismo, su lealtad con los iguales y la integridad ética que caracteriza su sociabilidad” (Salazar, 2016). Tal vez, que junto a él como compañera de vida y profesión está una gran historiadora, la profesora Verónica Valdivia. Formadora, rigurosa y que ha inculcado a los que hemos tenido la fortuna de trabajar con ella, el oficio del historiador en la práctica y en la teoría. Ambos conforman unos de los equipos historiográficos posiblemente más productivos de la última década, y con un romanticismo mutuo que nos recuerdan que el amor, como motor de la vida y en el oficio, es clave para no perder la humanidad en tiempos que, muchas veces, asimilamos la deshumanización como normalidad, sin percatarnos que es la voluntad humana la constructora de la Historia y nos las fuerzas invisibles que perpetúan la deshumanización.

“La historiografía de Chile, como la de cualquier país, es hija directa de su historia”, nos recuerda en su quehacer teórico sobre la disciplina. A su vez, que cuando hablemos de

Historia Social, ello compone a todo acto que involucre a personas que se desenvuelven dentro de un amplio marco de la sociedad. Por eso no existe en la humanidad los “anti-sociales”, con los que nos bombardean los medios de comunicación capturados por el orden hegemónico, sino que los social, lo es todo: lo político, lo institucional, lo económico y lo cultural; lo objetivo y subjetivo; lo individual y lo colectivo; lo público y lo privado; lo ‘trascendente’ y lo cotidiano. En cierto aspecto, para el profesor Pinto, aún la “historia total”, de otro de sus referentes, Fernand Braudel, tiene sentido para explicar los procesos históricos (Pinto, 1999).

La Historia es la ciencia de los seres humanos en el tiempo, me ha dicho en distintas ocasiones el profesor Pinto. Es lo que nos “diferencia de otras disciplinas de las ciencias sociales”, me remarca cada vez que tiene la oportunidad: la temporalidad. Esta apuesta teórica se ha puesto a colación en su última creación colectiva: el programa de Doctorado, que lleva cuatro años de vida. Todo este proceso de construcción de parte del profesor lo hace, como bien dijo Salazar, un reconocimiento “justo y sabio”. Los méritos están a la vista. Y si “la enseñanza constituye, en efecto, la piedra angular de la historia como conocimiento”, entonces Jaques Le Goff, autor de la cita, no tendría reparos en señalar que el profesor Julio Pinto ha sido un continuador y un forjador de una Escuela Historiográfica, que ha venido dejando huellas para el conocimiento del conjunto de la sociedad; posicionando los esfuerzos vivos y entusiastas por construir “una sociedad más humana, más justa y mejor”. Tal vez allí, están las futuras propuestas y combates que, como disciplina, deberíamos esforzarnos en constituir, con el objetivo, porque no, del volver a “Hacer Historia”.



## Referencias

Bloch M. 2013. Apología para la historia o el oficio de historiador. Ediciones EFE, México.

Entrevista en [www.UdeSantiagoTV.cl](http://www.UdeSantiagoTV.cl) 22 de agosto de 2016.

Garretón MA. 2012. Neoliberalismo corregido y progreso limitado. Los gobiernos de la Concertación en Chile, 1990-2010. CLACSO/ARCIS, Santiago, Chile.

Grez S, Salazar G. (comp) 1999. Manifiesto de Historiadores. Ediciones LOM, Santiago, Chile.

Hobsbawm E. 1998. Nación y Nacionalismo desde 1780. Ediciones Crítica, Santiago, Chile.

La Entrevista Permanente: Julio Pinto. 13c. 11 de septiembre de 2016.

Le Goff J. 2016. ¿Realmente es necesario cortar la historia en rebanadas? Ediciones EFE, México.

Pinto, J. 1999. Historia contemporánea de Chile II. Actores, identidad y movimiento. Ediciones LOM, Santiago, Chile.

Pinto J. 2005. Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular. LOM Ediciones, Santiago, Chile.

Pinto J. 2013. Luis Emilio Recabarren. Una biografía histórica. LOM Ediciones, Santiago, Chile

Pinto J. 2014. Fiesta y Drama. Nuevas historias de la Unidad Popular. LOM Ediciones, Santiago, Chile.

Pinto J. 2015. Prólogo a la Materia eterna e inteligente de Luis Emilio Recabarren. Rumbo Editores, Santiago, Chile.

Pinto J. 2016. La Historiografía chilena durante el siglo XX. Cien años de propuestas y combates. Editorial América en Movimiento, Santiago, Chile.

Salazar G. 2000. Labradores, peones y proletarios. Ediciones LOM, Santiago, Chile.

Salazar G. 2016. Decisión sabia y justa. 23 de agosto de 2016.